

La batalla social

Léon Degrelle



editorial kamerad



La batalla social

Léon Degrelle

La batalla social

Entrevista a Léon Degrelle, líder del rexismo belga.

Usted, que era más que un político, se encontró también fuertemente comprometido en el terreno social. En 1936 Europa estaba muy agitada...

Es verdad que la Europa de 1936, socialmente, estaba en ebullición. En Bélgica, a partir de las elecciones de 1936, una fuerte agitación sacudió a la clase obrera. En parte por causa mía. Había conmovido profundamente a las multitudes, había denunciado las condiciones miserables en las que las familias obreras vivían y los salarios de hambre que se les asignaba. Internacionalmente, el nerviosismo ganaba a todos los pueblos en 1936. En España Franco y el gobierno de izquierdas, impulsado por el comunismo, se enfrentaban sangrientamente. En Francia, el frente popular del israelita marxista Léon Blum acababa de conquistar el poder. En el verano de 1936 yo sentía agitarse los remolinos, adivinaba también por todas partes las maniobras de Moscú vivamente interesado en agravarlo todo, regando a nuestros países con rublos y armas e, incluso, como en Barcelona y Valencia, con millares de instructores siniestros.

Yo había multiplicado la acción rexista en las grandes zonas obreras belgas, singularmente en las cuencas rojas de Lieja y del Borinage, donde la situación económica de los mineros resultaba socialmente provocadora. Recorrí las barriadas populares y bajé a las minas de carbón. Existen todavía fotos en las que se me ve reunido fraternalmente con los mineros.

¿Cuál era su programa social?

La alta finanza, dueña de la vida industrial del país, se agarraba a sus métodos estúpidos de bajos salarios, que originaban, de rebote, el estancamiento económico. Nosotros, socialistas sinceros, al mismo tiempo que patriotas sinceros - pues a nuestros ojos solamente la conjunción de la justicia social y de los imperativos del orden nacional podía crear la comunidad de clases -, no podíamos admitir que millones de nuestros compatriotas siguiesen despreciados en una situación inhumana, mal pagados, mal alojados, envenenados por la pestilencia de las fábricas, privados de asistencia social e incluso no respetados en su dignidad de trabajadores. Y eso únicamente porque lo exigía la insaciabilidad de su propio interés.

O ese súper-capitalismo, corruptor político y aprovechado socialmente, se plegaba a la ley del interés superior, o sería implacablemente machacado. Sus intereses solo resultarían admisibles cuando se ajusten al interés de todos. Yo estaba dispuesto, si triunfaba, a someterlo con puños de acero. Entretanto, como no parecía entender nada, no quedaba otra solución que imponerle aquello que no quería conceder voluntariamente. Es decir, de forma inmediata, había que utilizar el arma de la huelga general, justa y necesaria en ese caso preciso.

El *Rex* sostuvo esa acción popular y la fomentó seguidamente con todas sus fuerzas.

¿Cuál fue su acción en este sentido?

Ciertamente no fue tan simple como puede pensarse.

Contaba, a pesar de todo, entre mis cientos de miles de electores y entre el millón de belgas que me seguían, con un número importante de burgueses de buena fe y una masa de fieles que procedía de la clase media, que también sufrían la crisis económica y eran igualmente víctimas de grandes injusticias. Pero para ellos un huelguista era en aquella época una especie de animal monstruoso que tenía todas las sinrazones y contra el que todo estaba permitido. Y he ahí que yo, joven de un medio social *desahogado*, como se decía, y además católico, mientras que el catolicismo oficial era bastante hipócritamente asocial, ¡hacia bloque con la masa obrera para apoyar, por medio de una huelga general, un movimiento reivindicativo!

Pues sí, hice bloque con ella. Es cierto. Porque tenía razón. Porque la vida de la clase obrera, tal como estaba entonces impuesta por el capitalismo, era intolerable. Era intolerable que las masas obreras tuvieran que hacinarse en antros, apiñarse en sórdidas localidades, asfixiadas por la contaminación de las fábricas, sin pensiones mínimas, sin ayudas serias contra la enfermedad, los accidentes y la invalidez. La civilización burguesa era una civilización - si puede, a este respecto, emplearse esa palabra - absolutamente desnaturalizada y, aún más, inconsciente y nada inteligente, porque no tenía en cuenta realidades económicas fundamentales.

Al lanzarme a ese combate me lancé como un apóstol. Estaba convencido de que sólo ese levantamiento, pacífico por otra parte, desencadenaría finalmente resultados. Los magnates del súper-capitalismo son, en general, más bien cobardes. Es preciso que sientan miedo. Sólo cuando se quedan morados como las ciruelas se muestran razonables.

¿Qué hizo usted con esos súper-capitalistas morados?

Pues bien, les agarré por el cuello.

Es cierto que en la hora actual existen grandes empresarios que forman, en la sociedad moderna, una aristocracia de la creación y de la acción, que han tomado conciencia de su responsabilidad social y de su propio interés, interés que se deriva, ineludiblemente, de la paz y de la colaboración de las clases. Esas elites contribuyen grandemente a la expansión de la comunidad. Pero se ha necesitado tiempo para llegar a esas circunstancias. En 1936 se estaba lejos en Europa de tal comprensión. La puerta cerrada había que echarla abajo como única solución.

Todavía hacía falta ganar la huelga general que apoyábamos. Esa era otra historia. No basta lanzar una huelga para que todo se arregle.

¿Cómo se pierden las huelgas?

Era esencial para nosotros no perder, y para mí sobre todo, joven catalogado como de *derechas*, cuando las huelgas eran hasta entonces un monopolio de la izquierda. Perder en un asunto como aquel nos haría quedar mal ante la masa obrera. Los activistas marxistas podrían gritarle: *“Mirad, ya habéis visto actuar a vuestros nuevos salvadores. ¡Esos muchachos no son capaces de nada! Sólo ganaréis con la izquierda, con los socialistas y los comunistas.”*

¿Qué hizo usted para no perder?

Para mí todo quedó enseguida claro. Había que derribar dos obstáculos: las huelgas se pierden porque se tiene hambre, y las huelgas se pierden porque no se quiere ver a los críos desgraciados. Por tanto, había que asegurar a los huelguistas el alimento y también

la tranquilidad en cuanto concernía a sus niños.

Esos dos objetivos los resolví en unas horas.

Movilicé a todas las chicas rexistas de Bélgica.

Habíamos creado, desde el principio, nuestros servicios sociales; es decir todas las chicas rexistas que no tenían que trabajar para ganar su sustento debían ponerse al servicio del movimiento. E incluso - algunos van a reírse - como sirvientas, como empleadas de hogar, tal como se dice hoy más ceremoniosamente. Toda familia numerosa obrera, rexista o no, podía pedir al movimiento una chica para ayudarlo. Enviábamos así todos los días por las cuencas obreras a cientos de chicas de la burguesía con el fin de que sirvieran en las casas obreras. Con carácter gratuito, evidentemente.

¿Era una táctica? ¿No era quizá pura demagogia?

Nosotros nunca actuamos por *táctica*.

Aquella decisión tuvo repercusiones considerables en ambos sentidos.

La chica acomodada, la hija del coronel, la hija del magistrado, la hija del médico, que debía salir a las seis de la madrugada en un pequeño tren hacia un antro de Seraing o de Marcinelle, a limpiar traseros, arreglar la casa y ayudar a la mujer en todo, regresaba a su casa diciendo: “*¡La miseria obrera es terrible! ¿Cómo se toleran injusticias semejantes?*”

Por el contrario, la mujer del obrero, al ver a esas chicas tan sencillas que la ayudaban tan espontáneamente en todo, decía a su vez: “*A pesar de todo, esos burgueses no son todos enemigos y hay gente muy amable entre ellos.*”

A aquella juventud femenina tan magníficamente idealista la movilicé, desde el principio de la huelga, para hacer la sopa. ¡La sopa! En todos los barrios obreros se instalaba una gran olla. Cierta número de nuestras mujeres distribuían sopa toda la jornada, mientras las demás recorrían las casas más o menos amigas para obtener gratuitamente los ingredientes que permitían hacer aquella sopa consistente. Desde ese momento todos los huelguistas que lo deseaban tenían qué comer y podían aguantar físicamente.

¿Y los niños de los huelguistas?

Sí, Los niños de los huelguistas representaban un problema capital. Había miles de críos en los poblados paralizados. Para ellos improvisé algo que en aquellos momentos era casi inimaginable. En todo caso, nadie había pensado en ello: enviar a los hijos de los huelguistas de vacaciones.

Nunca el crio de un obrero, antes de 1936, iba de vacaciones. Ni tampoco sus padres. Las vacaciones obreras no existían. Sólo en 1938 el frente popular concedió a la clase obrera de Francia una semana de vacaciones, imitando un poco a Hitler que, en tres años de poder, había beneficiado al obrero alemán con una transformación social sin precedentes - construcción de cientos de miles de viviendas decentes, modernización de las fábricas, vacaciones desde ocho a veintiún días, salarios incrementados en un 20 % - y construía para el pueblo enormes balnearios de playa y llevaba a las familias de los trabajadores a cruceros, en aguas de Noruega o Canarias en barcos espléndidos.

Lancé, pues, un llamamiento a las familias rexistas de la montaña y del litoral, pidiéndoles que invitaran a los niños de los huelguistas. Debían acogerles en su casa

como miembro de su familia y tenían que pagarles el viaje.

¿Funcionó aquello?

Fue un éxito absolutamente más allá de toda previsión. Yo mismo estaba en los andenes de salida cada día. ¡Había que ver el espectáculo! Las familias obreras llegaban por centenares; las madres socialistas o comunistas nos confiaban sus niños, levantando el puño cerrado, a lo largo de los trenes especiales.

¡Imagínese, pues, a esos millares y millares de niños cuando llegaban al mar! No habían visto nunca las olas. Otros se dirigían hacia los ríos y las montañas. ¡Nunca habían visto ríos ni montañas! Sólo su sucio valle, su ciudad obrera ennegrecida, con las calles estrechas, repugnantes por el barro en invierno, polvorientas y asfixiantes en verano, y todas tan mugrientas.

Yo había dado la orden de que los niños enviaran diariamente una tarjeta postal, explicando a su familia cómo se encontraban y lo bonito que era todo. La tarjeta postal lo probaba, además, ante los padres. Les ponía ante sus ojos maravillas tales como los barcos, los pescadores con su ropa de faena, los millares de escamas plateadas de las cajas de pescado, los arroyos tan limpios de las Ardenas, las vacas tranquilas y con sus ojos tan redondos como los de sus dueños, los tejados morados de pizarra, los campos que desplegaban su inmensidad verde bajo el largo cielo. Todo el vecindario estaba al corriente de cada relato, miraba, escuchaba y evocaba. El gran espejismo infantil hacía milagros. El corazón de la gente estaba tocado. Para los huelguistas, hombres y mujeres, era una aventura extraordinaria aquella en la que participaban sus críos por millares, instalados confortablemente al sol, mirando a los pescadores flamencos descargar los bacaladeros y a los campesinos ardeneses llevar sus caballos a los abrevaderos azules.

¿Y cómo actuó usted respecto a los industriales y los grandes empresarios?

Yo llevaba a cabo una acción directa todos los días: mítines de masas, dos, tres o cuatro grandes mítines cada tarde y cada noche ante 10.000 o 20.000 trabajadores. Pero al mismo tiempo, y en la misma región en que hablaba a esas multitudes, yo iba - otra innovación - a vapulear a los industriales.

Les explicaba: *“Permítanme que les diga que lo que ustedes hacen no me parece muy sensato, incluso entendiendo que no tuvieran que tener en cuenta más que su estricto interés personal como empresarios. Naturalmente, no vamos a pedirles que echen por tierra su negocio. Pero no se trata de un limón, que da más zumo cuanto más se le exprime. Si se le aprieta demasiado puede terminar aplastado. Un exprime-limones no es un martillo pilón. Cuanto mejor marche el negocio y se lleve con más firmeza y seguridad, mayor será la de los que trabajan en él y ganan allí su pan.*

Pero el temor ante la perspectiva de tener que fijar bases salariales más favorables y el oponerse a medidas sociales que se consideran demasiado atrevidas, aunque sean justas e indispensables, hacen correr el riesgo, a la postre, de que los limones se pudran. Sólo en la medida en que los trabajadores, sin poner a la empresa en apuros, puedan ganar más, les producirán más y también ganarán más ustedes, porque, directa o indirectamente, los obreros son sus principales compradores. De su moral depende también el aumento de la productividad. Lo que reclaman concuerda, pues, en todos los aspectos, con los intereses de ustedes.” Y luego añadía: *“¡Vamos! ¿Son ustedes patriotas? Y la patria, ¿qué es sino el conjunto de los que viven en ella? Esas personas*

son ciudadanos como ustedes. Ustedes son hijos de la misma patria.”

Y a los que eran cristianos les manifestaba: *“¿Son ustedes cristianos? ¿Esos obreros no son acaso sus hermanos? ¿No pueden ustedes practicar con ellos la virtud de la fraternidad? ¿Qué es la religión sin la fraternidad?”*

Obtuve resultados sorprendentes, porque entre los empresarios - aparte de algunos grandes poderosos del dinero que trataban cada vez que podían de poner a sus pies a toda la vida económica - se encontraban estupendos y capaces industriales, gente que antes no había apenas entrevisto la cuestión social y su aspecto humano, pero que, cuando se hablaba con ellos del tema, no se crispaban ni seguían aferrados a un conservadurismo inamovible.

¿Logró usted obtener algo más que vagas promesas?

Le voy a citar un ejemplo de particular relevancia: el del conde, entonces barón, de Launoy. Ese barón había sido, y lo seguiría siendo durante mucho tiempo, la primera potencia industrial de Bélgica. Era, entre otras cosas, el gran patrón del acero. Olía más a tiburón que a cordero. Y yo nunca le traté con contemplaciones. Pero él comprendió enseguida, porque sin duda los asuntos sociales eran, a su entender, simples negocios, y también mis argumentos de colaboración entre las clases en la abundancia debieron llamar la atención de ese manipulador inteligente de bienes y de seres humanos.

¿Cuál fue su reacción?

Llego a verle. Le lanzo mi discurso durante veinte minutos. Se pone en pie detrás de su mesa de despacho.

“Lo encuentro perfecto. Todo lo que tengo aquí es para usted.”

Abre su caja fuerte, que la tenía camuflada tras un cuadro de pintor famoso y me dice: *“Ahí está, tómelo.”*

Pero, ¿cómo iba a llevarme esa fortuna? ¡Los billetes formaban un bulto como una piña de plátanos!

“Voy a buscar para usted una maleta”, vuelve a decir de Launoy, muy tranquilamente, y durante unos minutos trasvasamos la mina de oro. Había allí 2,4 millones de francos, y francos fuertes, ¡de aquella época! No había visto tantos juntos en mi vida. Me fui a la calle hasta la estación con mi maleta de súper-millonario.

Después de eso no había ninguna duda; el caso estaba claro y la masa obrera debía ganar. Ya comía. No temblaba por sus críos. Los empresarios empezaron a darse cuenta y aquello acabó en tres semanas. La huelga había terminado, y se ganó.

Y los comunistas, ¿le dejaban entrar en su propio terreno?

No estaban entusiasmados, como puede figurarse. Se ponían furiosos nada más con oír mi voz.

Los socialistas estaban satisfechos con los acuerdos finales. Eran más moderados y, de todos modos, apenas podían excitarse, porque la alta finanza les tenía tomados por el gaznate, a ellos también, tras el desastre de la Banque du Travail, en el que centenas de millones del ahorro obrero habían sido engullidos. Tratando de copiarnos, o de cortarnos la hierba bajo nuestros pies, Spaak, su ministro más conocido, lanzó ya entonces lo que se llamó el socialismo nacional. Socialismo nacional o nacionalsocialismo

¡era más bien lo mismo! Una simple inversión de palabras. Y ni siquiera eso, pues en alemán el adjetivo precede al sustantivo. La traducción fiel del *national socialisme* de Hitler era *socialismo nacional*.

Herri de Man, presidente del partido obrero socialista belga en 1936, hubiese querido, en equipo con Spaak, realizar ese cambio en el sentido del rexismo. Tendría que esperar a la invasión alemana de mayo de 1940 para ir más lejos que nosotros y convertirse en nacionalsocialista y hitlerófilo auténtico, proclamando la disolución del partido socialista, del que era el propio presidente. Se declaró incluso dispuesto a constituir conmigo un gobierno iconoclasta, como le contaré a su debido tiempo. Esa combinación era la única fórmula que podía reconciliar al pueblo con el conjunto de la nación. La desgracia es que de Man sólo se arriesgó a mojarse cuando la ola alemana había inundado Bélgica y la engulló por completo.

Volvamos a los comunistas. ¿Cómo reaccionaban cuando usted iba a las fábricas y a los barrios obreros?

Los comunistas sabían bien que de nosotros no podían esperar nada. Yo había lanzado una campaña nacional: *Rex o Moscú*. Nunca había admitido y nunca admitiría al comunismo.

El comunismo mata la vida de las conciencias y no permite a un ser humano ni respirar. Además, económicamente, ha fracasado por completo. Parece magnífico que los hombres se repartan todo y que no haya más que un solo bolsillo, el del colectivismo. Pero el hombre tendrá siempre el gusto por el lucro. El más pobre de los proletarios piensa en ganar más y no en quedarse en el último peldaño de la escalera. Si progresa, ya no tiene ganas de repartir. La fórmula comunista es psicológicamente errónea, lo ha sido desde el principio. Moscú nunca fue capaz de inventar otra. Además, en Rusia mismo el comunismo es una quimera. Sólo los 750.000 beneficiarios de la *nomenclatura* pican en el plato fuerte del colectivismo.

Rabiosos al ver el poder del que gozaba, los comunistas decidieron salirme al paso por todos los medios, por violentos y sangrientos que fueran.

El gran choque tuvo lugar en Seraing.

Ya le he hablado de Seraing, ese poderoso bastión rojo de la región de Lieja, en donde se encontraba un gran número de duros de la extrema izquierda. Pero yo también tenía mis *duros*, que habían votado por mí a miles en la anterior primavera. Organicé, una vez más, un gran mitin en Seraing.

Había hablado la víspera en Ginebra, porque ya entonces me dirigía a menudo a públicos extranjeros, consciente de la necesidad de crear una Europa unida.

Regresé en avioneta. Bajo de mi aparato en Bruselas, a la una de la tarde.

“*No hay nada que hacer...*”, me dicen, “*...el mitin de Seraing ha sido prohibido.*”

Seraing poseía un ayuntamiento rojo, rojo como el minio, y éste había prohibido mi mitin, como siempre, en el más puro espíritu democrático. El alcalde, para hacer efectiva esa prohibición, había hecho llamar a toda la gendarmería de la provincia. Setecientos gendarmes impedían, desde el principio de la tarde, la entrada en la localidad.

¿Y qué pasó luego?

Me monto en un coche y llego a Lieja. Alquilo un barco grande. Me dije: “*En el agua*

no nos podrán detener los gendarmes; así que iremos por el Mosa.”

Magnifico y majestuoso, el Mosa pasa justo por el medio de Seraing, junto a la Plaza Mayor, allí donde debía dar el mitin y donde pensaba que la multitud se concentraría al anochecer, a pesar de todo, para ver qué sucedería.

En una hora hago instalar potentes aparatos de megafonía sobre mi barco. Embarco con mis leales. A la caída del día llegamos al corazón de la ciudad de Seraing, tras pasar ante las narices de setecientos gendarmes apostados en las calles y en las afueras de la ciudad. Había una inmensa muchedumbre en la Plaza Mayor, tal como estaba previsto.

De pronto, desde el agua, comienzo mi discurso. Mi voz de trueno, ayudada por los amplificadores, llegó a todos los rincones. Fue entonces cuando se comprobó hasta dónde eran capaces de ir los comunistas.

¿Hasta dónde?

Se dieron cuenta, al cabo de media hora, de lo que allí pasaba y de que yo había hecho mella en el público; es decir, en 10 o 15.000 personas apiñadas cerca del río y a las que divertía la aventura misma de ese barco fantasma. Los comunistas fueron corriendo a buscar armas a sus locales y ¡nos empezaron a disparar!

Siempre mi suerte habitual: en el concierto de disparos cayeron tres dirigentes rexistas que se encontraban de pie a mi lado. Yo no recibí ningún impacto. Pude continuar dando el mitin hasta el final.

Al conocerse en Bruselas esos sangrientos incidentes, el pánico en los ministerios fue increíble. El ministro del Interior, llamado Bovesse, gordo y vulgar trovador, de cabellos desordenados como los de un viejo y obeso tenor - ¡110 kilos! -, telefoneó a su mujer a Namur: “*Vete enseguida al campo, Degrelle ha sido asesinado y va a llegar la revolución.*”

¿Y qué fue de usted a todo eso?

En el barco, y con nuestros tres heridos, me dirigí de nuevo a Lieja, no sin sufrir algunos incidentes suplementarios. Los comunistas se habían situado en todos los puentes y nos lanzaban, al paso, bloques enormes de piedra. El techo del barco se hundió. Pero pasamos. Allí también habíamos resistido. Para mí fue siempre una ley inexorable: no hay que ceder. Ni en tiempo de paz, ni en tiempo de guerra. Se cede cuando se muere, pero no antes. Habíamos dado, pues, la prueba de nuestro resuelto vigor. Hasta los confines del país, la gran campaña del *Rex* se multiplicaba más aún y agitaba a la masa hasta el fondo. La había trabajado durante meses. Estaba en plena efervescencia.

¿Qué decía el gobierno belga?

En aquella época el vizconde Terlinden, profesor de universidad y reconocido historiador belga, que con toda certeza no nos quería, interrogado sobre nuestro caso en Roma por Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de Mussolini, respondió: “*Si se votase ahora, Degrelle tendría, ciertamente, ochenta diputados.*” Es decir, que yo cuadruplicaba mis resultados de la primavera anterior.

Comprendiéndolo al fin, el gobierno belga anunció con estrépito que nos declaraba la guerra, a nosotros, los rexistas, como si fuésemos cipayos o apaches.

“La alta finanza, dueña de la vida industrial del país, se agarraba a sus métodos estúpidos de bajos salarios, que originaban, de rebote, el estancamiento económico. Nosotros, socialistas sinceros, al mismo tiempo que patriotas sinceros, no podíamos admitir que millones de nuestros compatriotas siguiesen despreciados en una situación inhumana, mal pagados, mal alojados, envenenados por la pestilencia de las fábricas, privados de asistencia social e incluso no respetados en su dignidad de trabajadores. Y eso únicamente porque lo exigía la insaciabilidad de su propio interés.”

(Léon Degrelle)

